

DETRÁS DE LA LETRA

Manolo
QUIJANO

Detrás de la letra de una canción,
se esconden historias que nunca imaginarías

SEKOTIA

© a los textos Manuel Quijano Ahijado
© a las fotos Cristina Antonaya y Juanjo González Vega
© a la edición Editorial Sekotia, S.L., 2020

EDITA

SEKOTIA, S.L. Teléfono: 914 337 328 www.sekotia.com
C/ Gamonal 5, planta 1, local 18. 28031 Madrid

DISEÑO, ARTE FINAL Y PREIMPRESIÓN

HB&h, S.L. Dirección de Arte y Edición
www.grupo-hbh.com

Está prohibida su reproducción por cualquiera que sea su proceso técnico, fotográfico o digital, sin permiso expreso de los propietarios del copyright.

La Ley de Propiedad Intelectual, aprobado por Real Decreto Legislativo 1/1996, de 12 de abril atribuye al autor y a otros titulares la disposición y explotación de sus obras y prestaciones.

Si usted, consciente o inconscientemente, permite que este producto sea divulgado en otra persona o personas diferentes a usted, debe saber que incurre en un delito tipificado por la Ley y que está permitiendo que otros se apropien de algo que no es suyo y por lo tanto es cómplice de un robo intelectual e industrial. Ser dueño de un ejemplar físico o electrónico de una obra no le convierte en dueño del contenido de esa obra. Existen claros límites en cuanto a lo que puede y no puede hacer con estos productos.

Acabemos con la piratería, no con los consumidores.

Imprime: Gráficas La Paz

ISBN: 978-84-16921-88-1

Depósito legal: CO-151-2020

Manolo Quijano

DETRÁS DE LA LETRA

Detrás de la letra de una canción,
se esconden historias que nunca imaginarías

<i>Del autor</i>	<i>9</i>
<i>La Lola</i>	<i>11</i>
<i>Mi preciosa amiga.....</i>	<i>121</i>
<i>Mexicana.....</i>	<i>153</i>
<i>La taberna del Buda</i>	<i>201</i>
<i>Quiero que me engañes Incluye también: Como siempre, ¡Qué será de mí! y Tequila.....</i>	<i>271</i>
<i>Con el sueño entre mis brazos</i>	<i>295</i>
<i>En aquel hotel jamaicano</i>	<i>339</i>



Esta fotografía de mi querida madre, Carmina, la descubrí no hace mucho tiempo. Aquí, creo, tenía veintidós o veintitrés años. Sabía que en su juventud, después de conocer a mi padre, había empezado a tocar la guitarra pero no tuvo demasiada continuidad. Ella lo comentaba de vez en cuando pero muy de refilón. Jamás recuerdo haberla visto con una guitarra entre las manos desde que tengo uso de razón pero esta es la prueba irrefutable de que en un tiempo sí tuvo contacto con el instrumento que me cambió la vida. Siempre ha sido muy tímida a la hora de posar para que le hicieran fotos y en esta queda patente su timidez. Era y sigue siendo una mujer guapísima con un pelo negro largo que, en este caso, la sirve de parapeto ante el objetivo de la cámara. Como no puede ser de otra manera, es la persona a la que más he querido, y sigo queriendo, del mundo. Todo en ella es bondad y amor infinito hacia sus hijos y jamás voy a olvidar su continuo esfuerzo para que fuéramos unos niños felices.

*A mis padres,
a mis hermanos,
a Cristina,
a la familia y a mis amigos*

Del autor

Mi vida cambió a medida que los acontecimientos que la marcaron se fueron haciendo canciones.

Antes, simplemente, fui un inconsciente creador de argumentos que contribuyeron al cambio.

Aquí descubro porqués y acelero a mi mente mientras ejercito la nostalgia y la melancolía.

En estas letras hay mucho, aunque parezca que son unas cuantas historias aisladas.

Sin darme cuenta fui enseñando las entrañas de mis canciones y las mías propias. Y, al enseñarlas, yo, también, me he visto sorprendido por todo lo que he descubierto.

No sabía que había tanto escondido tan a la vista; y, mucho menos, que detrás de cada una de estas canciones existió, como mínimo, una protagonista femenina.

Me ha llamado la atención, sinceramente.

Agradezco a cada una de ellas su existencia porque, de lo contrario, mis composiciones no tendrían alma.

Y, como la memoria es revoltosa y traicionera, solo al límite, he buscado apoyo en la ficción. El suficiente para despistarme.

Esto es lo que se esconde detrás de la letra.



 CALLE
OBISPO
INOCENCIO RODRIGUEZ



La Lola

Últimos meses de 1998

El fracaso del primer disco de Café Quijano había sido descomunal. Se editó en el año 1998, pero pasó absolutamente desapercibido para el público.

La idea de nuestra compañía de discos era que nos convirtiéramos en una de esas revelaciones musicales que, de repente, vendía un millón de discos en una época en la que el mercado discográfico vivía su esplendor. ¡Vendimos diez mil copias! Cifra bastante alejada de las estimaciones iniciales.

Esta es la casa donde pasé una época determinante en mi vida. En ella compuse “La Lola” y en su salita está el televisor que me acercó a Carla, la musa que más alegrías me ha dado. La puerta blanca, en la que se apoya mi padre, es la de entrada al local de ensayo. Hacía mucho tiempo que no pasaba por allí y el otro día, cuando regresé para hacerme la fotografía, me volvió a causar la misma sensación que me causaba cada vez que me encerraba a solas con mis ideas o ensayábamos con toda la ilusión del mundo. Me vinieron a la cabeza un aluvión de recuerdos bonitos y pensé en la velocidad vertiginosa del tiempo. Me pareció que había sido ayer cuando grababa en ese rincón la maqueta de la canción que nos cambió la vida.

Por alguna extraña razón, además de la lógica por el descalabro en las ventas, nos querían dar la carta de libertad; es decir, echarnos y no permitirnos grabar ninguno más de los cinco discos que, en principio, habíamos firmado en el contrato.

El Director General que nos había fichado se había ido de Madrid y pasó a ser el nuevo presidente de la compañía en México. Nos convertimos en su última preocupación.

El recién llegado venía con sus propias ideas. No éramos santos de su devoción y nunca lo fuimos.

Y el presidente estaba empeñado en que siguiéramos poniendo copas en nuestros bares y dejáramos la música para otra vida. Así estábamos, con la cúpula deseando perdernos de vista y con la sensación de que la aventura musical había llegado a su fin.

Pero no podíamos permitirnos el lujo de rendirnos, o de aceptar ese fracaso y echar por tierra el sueño de convertirnos en estrellas del rock.

Nos quedaban solamente dos personas fiables en la compañía, Dani Gómez y Miguel Ángel del Olmo. Especialmente, Dani. Tampoco se daba por vencido.

Crejó en nosotros, fuimos su primera gran apuesta, y no le ayudaba en su historial el hecho de colgarse etiquetas con descubrimientos fallidos.

Cuando nos firmó, tenía solo veinticuatro años. Con nosotros se estrenaba como A&R. Era un chaval muy inquieto, inteligente y sabía detrás de lo que andaba.

—Manuel, no aseguro que vayamos a grabar un segundo disco. Aquí están todos muy convencidos de daros la carta de libertad, y no quieren gastar ni una peseta más en este proyecto. Soy yo contra todos, y me lo están poniendo muy complicado. Sabes que, si dependiera de mí, ya estábamos en el estudio. Pero los números del primer álbum no nos lo ponen muy fácil. ¡Qué mala suerte tuvimos, coño!

—Dani, tú mismo has dicho que tenemos un disco con muy buena pinta. He compuesto canciones de distintos estilos, pero muy coherentes unas con otras, y “La Lola” puede ser una sorpresa. Tengo mucha fe en esa canción. La verdad es que sería una pena que esto se quedara aquí. ¡Ten fe, joder! No podemos rendirnos a las primeras de cambio.

—Sabes que el problema no es mi falta de fe, es la falta de fe de los que mandan aquí. Además el director está emperrado con sus grupitos, y los presupuestos para marketing de los próximos lanzamientos ya están gastados. ¡No tengo ni dinero para grabar!

—Pues ¡qué cabrones! ¿Para qué nos querían? ¿O la pegábamos con el primer disco o, si no, a tomar por el culo? Pero ¿qué clase de apuesta por un artista es esa? Me parece una falta de respeto

absoluta hacia el artista y hacia la persona, Dani. Creo que todo el mundo se merece una segunda oportunidad. Y ahora ¿qué hacemos, macho? ¿Nos olvidamos de la música? Sabemos que no tienes ninguna culpa y no tenemos, absolutamente, nada contra ti. Creo que eso lo tienes claro, ¿no? Pero no nos pueden hacer esto, ¡no fastidies!

—Manuel, sé que suena duro, pero en las discográficas la cosa es así. Esto es un negocio en el que los productos tienen que dar resultados y, si no, *ciao*. Los dueños de la compañía quieren beneficios, no pérdidas. Esto es una empresa como cualquier otra. Se hacen muchos lanzamientos nuevos al año, y al que pita un poco se le va metiendo algo de pasta y, si sigue pitando, se sigue metiendo. Así es la historia. Nosotros no hemos tenido suerte, y ahora estamos jodidos. Ya sé que muchas veces es injusto, como en nuestro caso, pero...

—O sea, ¿es como la lotería, depende solo de la suerte! No depende de las buenas o malas canciones, o del talento, o de lo que sea. ¡Muy bien!

—Bueno, se da por hecho que todo lo que lanzamos es de calidad, son buenas canciones, buenos discos y los artistas tienen talento; sino, no los ficharíamos. Pero la segunda parte ya depende de algo que no podemos controlar del todo, el público que compra los discos. Y sí, de la suerte, o llámalo como quieras.

—Está bien, Dani; me queda muy claro que aquí solo somos una referencia, un mero producto de usar o tirar. Lo de los abrazos, el supuesto cariño que nos tenían y la relación fraternal entre la compañía y el artista es una pamplina, ¿no? Muy bien, ¡a tomar por el culo el romanticismo! ¡Qué decepción, macho!

—Veo que lo vas pescando, ¡jajaja! Así de cruel es la realidad, querido.

—¡Sí, sí; desde luego que lo pesco! ¿Cuándo sabes, definitivamente, si vamos a poder grabar el disco o no?

—Este fin de semana es la convención y hablaré con Del Olmo, para ver si podemos tirar para adelante o para cerrar el chiringuito. Espero convencerlo y poder entrar en el estudio. El lunes o el

martes te digo algo, ¿vale? No te comas la cabeza, que no sirve de nada.

—¡Ok! Esperamos tus noticias. Haz todo lo que puedas, Danie-lito, que nos jugamos el futuro. Esto es nuestra vida y no podemos quedarnos a medio camino. Nos hemos hecho muchas ilusiones, estamos trabajando muy duro para que todo salga bien, y ahora no podemos tirar la toalla bajo ningún concepto. Este disco tiene algo, de verdad. Puede sorprendernos, estoy seguro.

—Hablamos, Manuel; ¡no te preocupes! ¡Ciao!

Cuatro meses antes de esta conversación, trataba de componer nuevas canciones en Armunia, un pueblo a las afueras de León. Habíamos traspasado “Mambolero” y estaba centrado totalmente en el grupo. No tenía más ocupación que procurar inventar melodías interesantes con letras atractivas que pudieran salvarnos la vida.

Vivía en una casa muy pequeña de dos plantas que hacía esquina con la plaza de la iglesia. Mi padre la había adquirido unos meses atrás y estaba recién restaurada. Me la prestó temporalmente y en ella pasé un par de años interesantes y trascendentales. En la planta de arriba comía, amaba, dormía y componía. Nada más subir las escaleras, aparecía un despacho donde guardaba, dentro de sus fundas y apoyadas en el suelo, dos bandurrias, un laúd y varios paquetes de partituras. Una pequeña mesa rectangular de madera sujetaba una enorme pantalla de ordenador que servía para muy poco. Al lado, una docena de libros apilados que apenas dejaban espacio para colocar nada más encima.

El suelo era de parqué en toda la planta; un barniz inapropiado le daba un brillo excesivo. Aunque, a pesar del brillo, era lo más armonioso de toda la construcción. Eso y la fachada de ladrillo visto y piedra.

Había dos habitaciones minúsculas con camas de uno treinta y cinco. Los armarios eran, más que nada, testimoniales. Cabían media docena de camisas y dos pares de zapatos en cada uno. Al final de un corto pasillo se ubicaba la cocina. Muy raquítica.

Nunca llegué a cocinar en ella. Solo usaba un microondas que me solucionaba la papeleta cuando trataba de descongelar toda la

porquería que comía por aquel entonces. Casi enfrente estaba la salita. Ahí componía.

Tenía un ventanal que me servía de escape para distraer la mente. Lo primero que veía era la iglesia que, de vez en cuando, me traía recuerdos de mi infructuoso paso por el seminario siendo un adolescente desubicado.

En verano me gustaba asomarme para observar a la pareja de cigüeñas que se hospedaba en su torre. Era relajante. Me quedaba embobado observando sus movimientos, sus juegos, sus arrumacos, su llamativo crotoreo. Llegaban con la primavera. Decían que la misma pareja volvía año tras año. Durante semanas no dejaban de seguir engordando con nuevas ramas un nido que se convirtió en una preocupación para las gentes del pueblo y para el cura. Su excesivo peso y envergadura suponían un serio peligro para la estabilidad de la torre. En mi segundo invierno en la casa, aparecieron en la plaza unos bomberos que venían de León. Encendieron las sirenas, acotaron la zona y se dispusieron a evitar lo que podía suponer un disgusto futuro.

Tardaron más en armar la escalera para subir al campanario, que en destruir el nido. Me dio pena. La parte baja de la casa la ocupaba un local que utilizábamos para ensayar. Lo habíamos insonorizado con cajas de huevos pegadas al techo y a las paredes. Se despegaban continuamente y caían al suelo. Funcionaban como atenuador de ciertas frecuencias; acolchaban y hacían más agradable el sonido de los instrumentos, pero de nada servían para amortiguar el excesivo nivel acústico que se transmitía al exterior. El volumen de los ensayos era de tal magnitud, que se oía hasta en el interior la iglesia.

Los vecinos fueron siempre muy condescendientes con nosotros y nuestros excesos sonoros. Nunca nos llamaron la atención. De vez en cuando, alguno se acercaba al local y lo invitábamos a que nos acompañara mientras tocábamos. En una esquina tenía instalado un miniestudio donde pasaba algunos días grabando, desde la mañana hasta la noche, maquetas de las canciones que iba componiendo. Todo muy rudimentario y con medios nada sofisticados. Pero me servía. Se me pasaban las horas volando. Por la

noche componía. Me gustaba sentarme en el sofá de la salita frente a la televisión encendida sin sonido, solo imagen. Mi padre había encargado la decoración de la casa a un amigo que tenía una exposición de muebles, pero el buen gusto no era su fuerte. Todo lo que había en las habitaciones y en esa pequeña sala de estar parecía haber llegado de planetas diferentes. Delante de mí tenía una mesa de cristal con las patas doradas donde apoyaba una Coca-Cola, el paquete de tabaco, un cenicero y una grabadora. Ese era mi kit nocturno de supervivencia. Me quedaba despierto hasta las seis o las siete de la mañana y me gustaba ver, en silencio, la repetición de un divertido programa diario que se emitía, previamente, después del informativo de la noche. Cuando me daba un descanso en la composición, subía el volumen y escuchaba a la presentadora. Había dos diferentes que iban variando durante los siete días de la semana. Una de ellas, poco a poco me empezó a llamar la atención de manera especial.

Su tono de voz, su manera de expresarse y la forma en la que se quedaba mirando a la cámara, cuando daba paso a los videos, me ensimismaban. Cada día me resultaba más atractiva. Pensé que sería buena idea intentar conocerla. Fue un impulso.

Por aquel entonces, no se me ponía nada por delante. Hacía lo posible por llevar a la realidad mis ocurrencias, o deseos, siempre que estuvieran al alcance de mi mano. Aunque, para los demás, la mayoría de esas ocurrencias eran locuras. Un día, a primera hora de la tarde, se me ocurrió llamar a información telefónica. Tras barajar varias opciones de números, decidí probar fortuna y marcar uno de los que me había facilitado la operadora y que, supuestamente, pertenecía a la redacción del programa.

Supuse que quien lo presentaba llegaría unas horas antes de la emisión y, si no, alguien contestaría al teléfono.

Así fue. No pude tener más suerte con la llamada y con su receptora. La aventura empezó de manera inmejorable y sorprendente.

—¡Hola, buenas noches!; quería hablar con Carla Benítez, por favor.

—¡Hola...! ¡Sí, soy yo!, ¿de parte de quién?

—¿Qué tal, Carla, cómo estás? Me llamo Manuel y te llamo por lo siguiente: verás, a lo mejor te parece una tontería, pero no puedo dejar de contarte la historia y el motivo de mi llamada. Soy músico y tengo un grupo. Curiosamente, en estos días estoy metido de lleno en la composición del próximo disco y suelo ponerme a componer por la noche, con la televisión encendida.

Me quedé a medio camino con la explicación por la tensión del momento, pero me daba la sensación de que se me había abierto un mundo de ilusiones cuando respondió al teléfono. Desde muy joven sabía que en las llamadas telefónicas tenía buenas aliadas. Aprovechaba mi voz grave, bien engolada, para darle más rimbombancia a las palabras. Estaba claro que esa sería su primera impresión sobre mí, y no podía desaprovechar la oportunidad de generarle curiosidad y caerle simpático. En ningún momento previo a la llamada había contemplado que fuera ella la primera persona que cogiera el teléfono. Me pilló un poco desprevenido, a pesar de tener preparada la historia que le iba a contar. Parecía que iba a contar con la inestimable ayuda de su simpatía; su aparente naturalidad me lo estaba poniendo más fácil.

—¿Ah, sí? ¿Cómo se llama el grupo y qué tiene que ver eso conmigo?

—Se llama Café Quijano y, probablemente, ni lo conocas.

—Pues, la verdad, es que no; ¿qué tipo de música hacéis? ¿Dónde tocáis? ¿Vais a tocar en Madrid?

—En el primer disco grabamos unos cuantos boleros y alguna canción con influencia de sonidos cubanos, muy romántico todo. Y en este, que empezaremos a grabar en unas semanitas, seguiremos con el mismo concepto, pero dándole una vueltita de tuerca más. Quizás sea un poco más atrevido que el anterior. En Madrid, de momento, no tocamos. Pero, seguramente, haremos una presentación del disco cuando salga. Ya te avisaré.

Pretendía hablar con naturalidad, pero me costaba mucho trabajo. Intentaba que no se percatara de mi nerviosismo. Tapaba el auricular del teléfono para impedir que escuchara las respiraciones aceleradas. Me temblaba la voz. No podía creer que a quien tenía al otro lado del teléfono fuera la mujer que tantas veces había visto y

escuchado en mis noches acompañado de las musas. Supongo que, sin ser muy consciente de ello, Carla era una de ellas.

—¡Ah, muy interesante! Y ¿cuál es esa historia que me querías contar? ¡Estoy intrigadísima!

Empecé a creer que, si hilaba fino, podía llevar a buen puerto la conversación. Y ¡quién sabe en lo que podía derivar! Al fin y al cabo, sería una chica como cualquier otra, aunque su trabajo fuera diferente al de la mayoría.

Sabía que era una barbaridad imaginar una cita con ella, por ejemplo, pero no lo descartaba, ¿por qué no iba a ser posible? Seguíamos en la conversación, y parecía que el objetivo de generarle curiosidad se iba cumpliendo.

Solo habían pasado un par de minutos desde que contestara al teléfono, pero tenía el palpito de que mi llamada podía ser fructífera. Siempre he sido muy optimista.

Al menos, no me había despedido a la primera de cambio.

No sabía si tenía novio, si estaba casada o qué tipo de vida llevaba, pero tenía claro que, mientras la tuviera al otro lado del auricular, todo era posible.

Hacía conjeturas ridículas, y lo curioso es que era consciente de ello. Ella se estaba limitando a escucharme, educadamente, y a satisfacer la curiosidad generada por un tipo que decía ser músico, que tenía un grupo y que estaba componiendo canciones.

No me conocía de nada, no me había visto en su vida, ni tenía la más mínima información sobre mí. Pensándolo bien, yo tampoco sabía nada sobre ella. Sólo que algunas horas de algunos días salía en la tele. Y que parecía ser muy mona.

—La historia es tan sencilla como que, cada noche, mientras compongo, tú me acompañas. Literalmente. Tengo un peculiar estilo de componer, lo reconozco. Me he acostumbrado a escribir con el televisor encendido, pero sin volumen, y durante largos ratos me quedo mirando cómo hablas, aunque no te escuche. Me encanta cómo mueves tus labios en el silencio. Sé que te sonará un tanto friki, y seguramente lo sea, pero quería contártelo y por eso te he llamado. Nada más. Ya puedes colgar el teléfono si quieres.

El hecho de ser músico me ofrecía un poco de amparo; de lo contrario, seguramente me habría colgado el teléfono. Si cualquier otro tipo hace la misma llamada para contarle que le gusta cómo “mueve los labios en el silencio”, lo tomaría por un trastornado. Estaba empezando a sentirme cómodo con el rumbo que estaba tomando la conversación. Sentía que estaba yendo por buen camino, que fluía de manera muy natural. Me daba la impresión de que era una mujer interesante, educada y curiosa a partes iguales. Al menos, hasta ese punto habíamos llegado por su aparente interés en saber de qué iba la historia. Hubiera sido muy fácil que me dejara con la palabra en la boca, sin contemplaciones.

—¡Bueno, bueno, bueno, no sé qué decir! Es la primera vez que me pasa algo semejante. Me has pillado con la guardia baja y estoy sin palabras. Y ¡cuidado que eso es raro en mí! De cualquier manera, ¡qué bonito suena lo que me cuentas, Manuel! ¡Qué te puedo decir, soy una romántica!

—¡Muchas gracias, Carla! No hace falta que digas nada. Soy yo el que agradezco el detalle de que me hayas atendido; no esperaba encontrar a alguien tan amable cuando pensé en llamar. ¡Yo sí que estoy en shock, no sé qué más decir! Bueno, no te quiero entretener, porque seguro que estás ocupada, pero me encantaría poder volver a hablar contigo en otro momento, si te apetece.

Lo último que quería hacer era colgar el teléfono. ¡Por supuesto que pretendía entretenerla! Pero estaba convencido de que encontraría de otra oportunidad para hablar con ella, si no la atosigaba. Aunque la euforia del momento me llevó a presionar un poquito más de la cuenta, para no dejar que la cosa se enfriara.

—¡Claro, cuando quieras! Y sí, te tengo que dejar porque estamos ya con la escaleta final del programa. Cualquier otro día, cuando salga de aquí y vaya para casa, si quieres, podemos charlar, y así me acompañas tu a mí en el camino.

—¡Me parece un plan buenísimo! Es lo mínimo que debo hacer por ti. Es más, si te apetece, esta misma noche te puedo acompañar; ¿por qué íbamos a esperar a otro día? ¿Te parece una barbaridad?

—¡Para nada! Me parece muy bien. Después me cuentas mejor la historia y más cosas de ti y de tu grupo. Venga, cuando salga te doy una llamadita. ¡Hasta luego, Manuel!

—¡Hasta luego, Carla! ¡Que se te dé bien la noche!

—¡Igualmente! ¡Ciao!

No daba crédito a lo que estaba pasando. Me sentía el tipo más afortunado del universo. Tenía la sensación de que todo había sido demasiado ideal e irreal. Ni en el mejor de los sueños. Pensaba que cualquier hombre que estuviera viendo en la tele a Carla desearía conocerla o, al menos, como había hecho yo, poder escuchar su voz al otro lado de un teléfono. Otra más de las locas elucubraciones que rondaban por mi osada imaginación.

Estaba paralizado física y mentalmente. Tenía la vista fija en la pared de detrás del televisor. No sé cuánto tiempo pasó hasta que reaccioné. Cuando lo hice, me di cuenta de que uno se puede enamorar a lo bestia en tan solo unos minutos. A mí me pasó, aparentemente. Y no era la primera vez que tenía el convencimiento de estar enamorado, sustentando mi euforia sentimental en las razones que mi mente esgrimía más allá de los argumentos reales.

Me empecé a volver loco por la mujer que, más tarde, sería la protagonista de una de las historias más especiales de mi vida. Una historia convertida en canción que me permitió recorrer el mundo entero contándola y cantándola junto a mis hermanos. Con ese primer acercamiento se empezó a gestar parte de un destino de privilegio que tuve oportunidad de disfrutar días más tarde.

Esperaba el momento en el que empezara el programa para volver a verla. Faltaban tres horas. Se me harían eternas.

Mientras tanto, salí a la calle y caminé. Era un lunes muy frío de enero. Me abrigué, aunque no sentía ni frío ni calor. Insensibilidad absoluta a los estímulos terrenales.

Mientras fumaba un cigarrillo tras otro, jugaba a imaginarme ese mismo paseo con ella. Se agarraría a mi brazo y apoyaría su cabeza en mi hombro. Presumía de romántica, ¿no?; pues seguramente se comportaría así, y yo escucharía palabras preciosas que saldrían de su preciosa boca.

Estaba plenamente convencido de que su conducta sería similar a la que mi romanticismo entendía como ideal. No era ningún disparate acercar mis anhelos a la realidad y llevar a la práctica el hecho de cumplir sueños. De hecho, siempre fui un irresponsable con el pensamiento. De esa manera me acerqué a lo imposible, desconociendo que lo era. Aunque, pensándolo bien, una parte de Carla ya no era fantasía. Su voz era una verdad que ya percibieron mis oídos. Todo lo demás, de momento, era imperceptible físicamente. Seguía escondida detrás de una pantalla de cristal o de un teléfono. Pero esa tarde había dado el primer paso para poder echar por tierra la teoría que descarta la imposibilidad de besar amores platónicos.

Cuando la vi aparecer en la pantalla, me pareció que estaba mucho más guapa que todas las veces anteriores. Me llamó la atención mucho más que nunca.

Llevaba puesta una americana negra, desabrochada, sobre una blusa blanca. El pelo, oscuro, peinado totalmente pegado a la cabeza, con un brillo espectacular y recogido en una cola de caballo. Ninguna noche la había visto tan hermosa. En algún momento, llegué a pensar que se había vestido así por mí. La imaginación no tiene límites. De hecho, poco después, a mí me llevó hasta donde se cruza con lo tangible. No perdí detalle de cada una de sus palabras, de sus gestos, de toda ella. Estaba tan ensimismado que, inconscientemente, esperaba algún gesto de complicidad en algún momento de su presentación. El nivel de irrealidad que alcancé en esos minutos frente a la tele iba más allá de lo ridículo.

Habían pasado unas horas desde nuestra plática y me moría de ganas por volver a escucharla a solas, sin los otros cientos de miles de oídos que la escuchaban a la misma vez que yo cada noche.

Cuando terminó el programa, empecé a sentirme intranquilo. No tenía ni la más remota idea de cuánto tiempo tardaría en salir del estudio. Probablemente, pasaría un buen rato comentando la emisión con gente de su equipo o preparando cosas para el día siguiente. Mis elucubraciones pasaron por mil contextos diferentes y, en un momento determinado, me quedé petrificado contemplando la posibilidad de que no me llamara. ¿Por qué iba a hacerlo?

Ya había quedado bien, había sido muy correcta, muy amable y no tenía ni el más mínimo compromiso conmigo. Además, ya le había contado mi historia. ¿Qué más podía generarle curiosidad?

Si no llamaba, no tendría derecho a reprocharle nada. Me inundé de dudas y pasé un mal rato. Temía que el sueño hubiera terminado horas antes, cuando mis oídos habían recibido el regalo de su voz. Era la una de la mañana. Sonó el teléfono. No recuerdo ninguna otra vez en mi vida que deseara tanto escuchar ese sonido. ¡Estaba eufórico!

—Hola, ¿me imagino que eres tú, no?

—¡Hola, Manuel! Pues ¿depende de quién creas que soy!

—¡Pues, quién vas a ser! ¡Carla, la musa de las musas!

—¡Qué gracia! Sí, soy yo, la que te despista por las noches y no te deja componer.

—¡Qué va, me despisto yo solo! Aunque sí es verdad que hay veces que tengo que dejar de atender a la guitarra para atenderte a ti, que me pareces más interesante. Pero eso no es despistarme, es darme un respiro por una buena causa.

—Veo que tienes buena labia, Manuel. Me imagino que tendrás la misma facilidad para escribir canciones que para decir cosas bonitas a las chicas.

—¡Ojalá! Pero ni una cosa ni otra. Mi labia no creo que sea tan buena; solo me limito a decir lo que pienso, y ya. No tengo mucho mérito. Quizá tengo más imprudencia que labia, ¡vete tú a saber! Y, sobre lo de escribir canciones, hago lo que puedo. Intento que cada una de las que compongo sea la mejor, eso sí. ¿Facilidad?; reconozco que, a veces, me salen del tirón, y otras no tanto. Pero ¡muchas gracias por el piropo! ¿Qué tal tu noche?

—¡Como todas! Aquí hay pocas novedades. Es lo mismo todos los días. Cambian los videos pero no el programa. Ya sé que todo lo que sea salir en la tele da la impresión de ser muy glamuroso, pero te aseguro que de glamuroso nada. Es un trabajo de oficina con exposición pública en un momento determinado de la jornada, nada más. Lo tuyo seguro que es mucho más divertido.

—Bueno, no está mal, aunque tampoco es lo que parece. No nos pasamos todo el día llevando a la práctica el lema de “sexo, drogas

y rock and roll”. Pero reconozco que es un mundo muy diferente. Tienes la posibilidad de subir a un escenario, contar historias y, con suerte, te aplauden. Eso es maravilloso, la verdad. No me canso de decir que soy un auténtico privilegiado.

—¡Desde luego que lo eres! ¡Qué profesión tan bonita la del músico! De pequeña quería ser bailarina y me imaginaba saliendo al escenario, bailando con mis vestidos maravillosos y saludando al público mientras no paraban de aplaudirme. Mi madre hizo lo posible para que no lo dejara, pero llegó un momento en el que todo mi tiempo lo ocupaba el baile; no hacía otra cosa, no tenía vida. Era demasiado sacrificio. Me convertí en una niña amargada que se pasaba el día llorando porque ya no quería ir a bailar. Alguna vez recuerdo aquella época, pero no me arrepiento de haberlo dejado, para nada.

Era consciente de que estaba disfrutando y cumpliendo una fantasía. Por lo menos, una parte de ella.

Hasta ese día, Carla solo era una cara bonita con gestos sugerentes que me llamaba mucho la atención, entre otras cosas, por salir en la tele, de la misma forma que me la podía haber llamado otra presentadora, una actriz, una deportista o una cantante. Pero, a partir del momento en el que me regaló su voz de manera exclusiva, no existía nadie en el universo que pudiera superar su atractivo. Incluso estaba compartiendo conmigo detalles muy personales de su infancia, por ejemplo. Las personas que salen en la tele sabes que existen, forman parte de tu día a día, te resultan familiares, pero nunca las sitúas en el mismo plano que al resto de mortales, aunque también lo estén. Las percibes como inalcanzables. Hasta que un día, de repente, empiezas a cambiar la percepción.

Yo sentía que estaba saltando un muro que, una vez superado, desaparece para siempre.

—¡Qué bueno que hayas sido bailarina! Yo soy malísimo bailando, y encima me moría de vergüenza si tenía que hacerlo. Era muy, muy torpe. Aunque, de un tiempo para acá, la cosa ha cambiado algo y me voy soltando un poquito más; con la salsa me definiendo, por ejemplo. ¿Qué te parece?